

[Handwritten signature]

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO 2

MADRID 1.º DE MAYO DE 1888.

NÚM. 170.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



CAMILA Y LEAL.

La niña Camila se paseaba una tarde, acompañada de su madre, por los alrededores del río, cuando vió que unos mal educados muchachos querían ahogar en el agua á un perro muy súcio y y de lanas descompuestas.

«Mamá, ¡pobre perrito!» dijo la niña, «vamos á cogerle, llevémoslo á casa.»

La madre de Camila ofreció al principio alguna resistencia, pero luego cedió á los ruegos insistentes de la niña, y viendo los sufrimientos del pobre animal, dió unos cuantos reales por él, lo lavaron y se lo dieron. Desde entonces fue compañero inseparable de Camila, como lo demuestra la actitud en que se encuentran en la lámina.

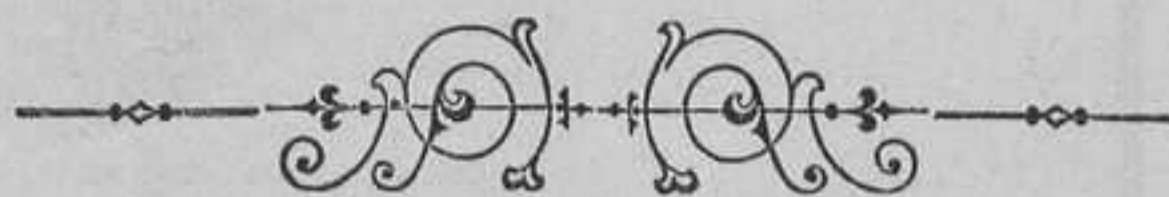
Pasaron despues de esto algunos años, y Camila era ya una señorita; su padre tuvo que ausentarse, y quedaron ella y su madre con los criados, cuando una noche, un hombre que habia espiado la buena ocasion de robar esta casa rica, intentó escalar la casa por un balcon que caia al jardín. Todos dormían en la casa; sólo Leal velaba al pie de la cama de la jóven, cuando el criminal puso en ejecucion su pensamiento. El perro no ladró, como se pudiera suponer, sino que, cogiendo con la boca la sábana, tiró de ella hasta que consiguió despertar á Camila; esta, al oír ruido en el cuarto de su madre, llamó á los criados, quienes sorprendieron al ladrón, el cual fue atado y conducido á las ofi-

cinas de policía y de allí á la cárcel, donde pagó su delito.

Leal fue tratado desde aquel dia con doble cariño, merecido seguramente por el beneficio que acababa de hacer.

No vamos á repetiros, queridos amiguitos, lo que os hemos dicho ya más de una vez sobre el buen trato que se debe dar á los animales, pues son criaturas de Dios y no tenemos derecho á molestarlos; pero ya veis que hasta los hombres podemos aprender de ellos porque son muy agradecidos, y pagan, en la medida de sus fuerzas, todo el bien que se les hace.

Hay quienes se rien del interés que se va despertando en favor de los animales útiles al hombre, diciendo que tanta solicitud debia emplearse mejor en favor de nuestros semejantes; lo cual estaria en razon si por atender á los unos abandonásemos los otros; debe ponerse cada cosa en su lugar, pero nunca es lícito descuidar lo secundario cuando lo principal se ha cumplido. Es lo más probable que los que claman contra los que se interesan por los animales, no se interesen siquiera por sus prójimos. El que ya cumple sus deberes para con sus semejantes, no lleva á mal que otros cuiden tambien de los animales. Dice un refran que «el que más habla, ménos obra.» El justo tambien tiene misericordia de sus bestias.



LOS BOTOCUDOS

Forman los botocudos una poblacion importante, conocida en otro tiempo bajo el nombre de aimorés, la cual habita en el Brasil entre el rio Doce y el rio Grande de Belmonte, tambien llamado Joquitiñoño. A la singular costumbre que tienen estos salvajes de introducirse en el espesor del labio discos de madera, deben la denominacion de *botocudos* que les dan los portugueses, en cuya lengua *botaque* ó *botoque* significa tapon, nombre aplicado al ornato de boca de la horda brasileña, por la semejanza que efectivamente tiene con el tapon de un tonel. Por lo demás, léjos de aceptar los indios á quienes se aplica, la denominacion de botocudos, la miran como injuriosa; y se designan entre ellos con el nombre de *creenun craonun andgerekmung*.

Tienen estos salvajes ancho el pecho y las espaldas, el cuello muy largo, los ojos grandes, la nariz aplastada, los huesos de los carrillos muy elevados, pequeños los piés, y las piernas delgadas. Esta última circunstancia es debida en gran parte á la costumbre que tienen de comprimir desde su nacimiento las piernas de los niños, mirando como una belleza esta imperfeccion de su constitucion física. En general, el tipo de su semblante presenta la más sorprendente analogía con el de la raza mongola, analogía que han confesado ellos mismos, casi sin saberlo, tomando á chinos por indios de las mismas tri-

bus que ellos. Ofrece los más variados tintes el color de su piel, la cual, aunque habitualmente es de un moreno rojo, varia del tono más claro al más oscuro; tira á veces á amarillo, y alguna que otra, en fin, por una semejanza bien notable con la raza blanca, colora las mejillas un rosado tinte. Lo más raro, y que en gran manera sorprende es, que ciertas mujeres tienen los ojos azules, y ese mismo color de la pupila es mirado por los botocudos como tipo notable de belleza.

Ménos cuidadosos de su adorno que los demás indios, conservan, sin embargo, esos salvajes, la costumbre de arrancarse las cejas y las pestañas, raparse los cabellos de tal modo que sólo les queda una especie de casquete en el extremo de la cabeza, y trazarse en el cuerpo con el zumo del achiote ó del quipager, groseras pinturas que dan á su aspecto cierto aire repugnante y feroz. En ciertas circunstancias adornan su frente con una diadema de plumas y ornatos por el estilo; mas pierden los botocudos ese amor á la compostura á medida que van alejándose del estado salvaje y de embrutecimiento en que hace más de un siglo estaban. Hemos hablado ya de los discos de madera *gasimata*, que introducen en sus labios: añadamos ahora que alargan igualmente sus orejas por medio de anchas placas, *humas*, de forma que el extremo de los lóbulos caiga sobre sus espaldas.

(Se continuará.)



LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

La señora Grandville deseaba sobre todo informarse acerca de una cosa que le parecía muy oscura; así es que preguntó al portero:

«¿Puede explicarme V. qué significa la historia de un robo que este muchachito nos ha narrado de una manera enteramente incomprensible?»

«Sí, señora, verá V. lo que hay. La niña que se encuentra ahora enferma, ha traído hace ocho días una moneda de diez francos, diciendo que se la habían dado en la calle. Casi al mismo tiempo se notó que había desaparecido una cruz de oro en una casa donde ella había estado el día anterior. Usted puede adivinar el resultado. Nadie en la casa, excepto yo, ha dudado que ella hubiera sido la ladrona; sin embargo, estoy persuadido de que esto se aclarará. Todas las apariencias están contra la pobrecita, pero estoy convencido de que ella no ha sido la culpable.»

«Y tiene V. mucha razón,» dijo la señora Grandville; «porque mi niña ha sido la que hace ocho días le dió la moneda de diez francos.»

«Oh señora,» exclamó el buen hombre, «me ha quitado V. un gran peso de mi corazón, porque creía que ella ya no podría justificarse nunca á los ojos de los demás. ¡Pobre niña!»

Entonces contó á la señora Grandville la historia de Pequeña Madre, y le dijo cómo se había dedicado á su her-

manito, dulce, servicial, buena para con todos, valerosa y paciente.

«Se ha puesto mala de pena,» añadió, «es la verdad, puesto que repite sin cesar en sus delirios: ‘El buen Dios sabe bien que yo no la he cogido, pero no quiere decírselo;’ y ahora cuando sepa que su inocencia está probada sin duda se restablecerá.»

«Quisiera verla,» dijo la señora Grandville, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

«Suba Vd., señora, es la primera puerta de la derecha del piso cuarto; casualmente mi mujer está ahora allí.»

La madre de Edita se decia subiendo la escalera estrecha:

Bien decia yo á mi querida hija, que su imprudente generosidad podría ser causa de algun mal, pero estaba yo muy léjos de creer que podría causar un daño tan terrible. ¡Qué tristeza tendrá mi pobre Edita!

XIX.

Pocas veces había visto la señora Grandville una vivienda tan pobre como el cuarto donde entró. Con excepcion de la cama, que se componia de un jergon muy pequeño y una manta hecha pedazos, no había más que una mesita de pino, una silla sin respaldo, un cajoncito que servia á los niños de asiento cuando el padre estaba con ellos, el viejo cesto del que ya hemos hablado, y una estufita de porcelana, cuyo cañon iba á parar á la chimenea.

(Se continuará.)



LOS BOTOCUDOS.

(CONTINUACION.)

Errantes en las soledades y en las selvas del Brasil, esas hordas indianas se alimentan de la caza, alimento que cada día se hace más raro y difícil para ellos. Pronto la comarca, despojada de caza, no ofrece con que subsistir, y se ven obligados los botocudos á buscarla en otra parte. Por eso se encuentra mu-

chas veces á una familia nómada botocuda, trasportando de un desierto á otro su morada y los pocos objetos que posee. El padre marcha á la cabeza cargado con su arco y sus flechas; sigue luego su mujer arrastrando en pos de sí á sus hijos, llevando á los más jóvenes sobre su espalda. Contribuye á aumentar su carga un enorme saco ó red llena de los utensilios del menaje y de las provisiones de cera, estopas y orna-



tos reservados para los días de fiesta. No es posible pintar la impresión de tristeza grabada en el rostro de la familia indiana: se conoce al verla, que no está la felicidad en el pretendido estado de rudeza natural, y que el salvaje, aun más que el hombre civilizado, ha de pasar una vida llena de angustias y de miserias.

Nadie podría formarse una idea de la admirable destreza con que arroja el botocudo su mortífero dardo, cuya acerada punta raras veces deja de dar la muerte al animal contra quien lo ha lanzado. Las dimensiones varían según la naturaleza de la caza y la distancia á que se presenta. Por una previsión instantánea es siempre la presa asegurada para sus enemigos; mamíferos, aves, peces, los mismos insectos, todo sirve para saciar el voraz apetito del indio, que ni obligado por la necesidad, deja de devorar las desagradables larvas del barrigudo. Ninguna parte del animal es rechazada como rebelde al gusto y repugnante al paladar del indio, que saborea la piel y los intestinos de su víctima como los trozos más delicados. En su inmunda glotonería poco se afana el botocudo en conservar para el día siguiente con que ponerse al abrigo de una caza improductiva y del hambre, que á veces, durante muchos días, le rehusa hasta los más groseros alimentos.

Consiste toda su habitación en algunas hojas de palmera inclinadas de modo que forman un techo. Cuando han de pasar en ella algunos días, las enredade-

ras cubren la cabaña con sus hojas, y una cama compuesta de corteza de *guatele* (*lecythis ollaria*) es el único mueble de su rancho; que así es como llaman ellos á sus habitaciones.

La guerra hace un gran papel en la vida de estos naturales del Brasil. Ya despliegan su habilidad en manejar la maza ó su resignación en sufrir los golpes que le asesta un adversario vigoroso en combates singulares sostenidos á causa de particulares ofensas, ya se empeñan luchas más serias entre dos tribus rivales, ó que tienen graves motivos de disensión. Otras veces, en fin, dirigiendo contra los colonos expediciones hábilmente combinadas, esparcen el terror entre los tiranos del Nuevo Mundo.

(Se concluirá.)

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Sobre una tabla de madera se veían uno ó dos utensilios de cocina, dos platos y una taza bastante destrozada. Dos clavos puestos en la pared hacían las veces de armario, donde estaban colgados el pantalón de domingo y algunos vestidos viejos de los niños; era verdaderamente un cuadro de miseria.

La señora Carlos había traído una silla de su cuarto para sentarse, y la señora Perlet estaba de pie cerca de la cama, contemplando á la enfermita cuya respiración era trabajosa. Las dos se quedaron inmóviles de sorpresa al ver entrar á la visitante. Esta se acercó.

«Yo soy la madre de la niña que ha dado á esta infeliz muchacha una moneda de diez francos,» dijo.

Esta palabra lo explicaba todo.

«¡Alabado sea Dios!» exclamó la señora Perlet; «era verdad, por tanto. Desde esta noche que he velado á la infeliz pequeña, lo he creído así; pero ahora todo el mundo está obligado á creerlo. ¡Pobre ángel! ¡qué feliz seria si pudiese comprenderos! Pero vea V., en toda la mañana se ha movido de esa posición; está muy enferma.»

«¿Qué enfermedad tiene?» preguntó la señora Grandville.

«No lo sé de cierto; el médico no ha dicho nada; no tiene mucha fiebre, pero sí mucha debilidad; no tiene diez céntimos de vida en su pobre cuerpecito.»

«¿Toma algo nutritivo?»

«Sí, una vecina ha traído un poco de caldo, y le he hecho tomar algunas cucharadas; el médico ha hablado de vino generoso; pero ¿dónde encontrarlo? Nuestro vino es muy agrio, y aunque lo pagásemos á veinte céntimos litro, no le tendríamos bastante bueno.»

«¿Toma con gusto lo que se le da?»

«Hace lo que se le dice. Es un angelito de Dios. Créame V., señora: esta noche, cuando yo creía que estaba dormida, me preguntó de repente, si no estaba bastante fatigada; y como le dijese: No, hija mia, no tengas cuidado por mí, me respondió: Gracias, es V. muy buena. Si eso no le hace venir á una las lágrimas á los ojos..... Lo que me inquieta en verdad es que es demasiado

bueno, y por eso no puede vivir mucho tiempo.»

«Felizmente,» dijo la señora Grandville, «Dios no se lleva á todos los niños dulces y amantes.»

«¡Ah!» respondió la señora Perlet, meneando la cabeza; «lo que veo es que se marchan siempre los mejores.»

Las tres mujeres alrededor de la cama miraban aquella carita pálida é inmóvil; hasta entónces no se habian visto nunca, pero no se sentian extrañas las unas de las otras. Estaban penetradas de un mismo sentimiento de piedad y de tristeza. La señora Perlet, que era la más expansiva, dijo despues de un momento de silencio:

«Me acuso de haber tenido sospechas de ella. Bien me lo decia mi marido, que á pesar de todo ella no habia hecho mal alguno; pero yo no se lo queria creer.»

«En cuanto á mí,» dijo la señora Carlos, «estaba bien tranquila desde que mi gato tenia confianza en ella; á cualquiera se le podrá engañar, pero lo que es á un animal, no. Si ve V. que un animal se encuentra bien al lado de alguno, sea un hombre ó un niño, y que busca sus caricias, puede V. estar segura de que el tal es una buena persona; y yo os respondo que Morrondo lo conoce mejor que yo. V. me dijo, señora Perlet, que no tuviese confianza, pero yo he dado fe al gato más bien que á V., y vea V., cómo he tenido razon.»

Estas palabras fueron para la señora Grandville la explicacion de una de las

misteriosas frases de Carlitos: «Dice que el gato lo sabe muy bien.» No pudo menos de sonreirse, y acarició con su mano la húmeda frente de la niña.

¡Pobre infeliz! ¡Qué contraste entre su miserable vida y la feliz de Edita! Tenían la misma edad; la una tan débil y tan raquítica; la otra tan fresca, tan alta y rebosando salud; ¡qué diferencia! Pero á pesar de esto las dos vivían la misma vida, la vida del amor.

La señora Grandville se marchó, prometiendo que pronto volvería otra vez. Se marchó con el corazón tan triste cual nunca lo había tenido así ante la miseria; y no sólo lleno de compasión para la pobre enferma, sino también de admiración hacia aquellas dos pobres mujeres que dedicaban su tiempo, sus fuerzas y su sueño á una extraña, sin dar á esto la menor importancia.

«Esta, esta es la verdadera caridad,» se decía, «la que no da de lo superfluo, sino de lo necesario. De esta dijo Jesús: 'Ha dado de su pobreza.'»

Edita esperaba á su madre con febril impaciencia. Le hizo relatar y repetir diez veces las mismas cosas; tan ansiosa estaba de detalles. Cuando la señora Grandville le describió la habitación en que había encontrado á Florita, su cara se entristeció; jamás había supuesto cosa parecida.

«¿Y su cama?» preguntó.

«Es un jergón sobre las tablas de una vieja armadura de cama. La pobre niña debe estar acostada lo peor posible; pero no está incómoda, porque ántes del

accidente de su padre, dormía sobre un montón de paja en un sombrío rincón.»

«¡Oh! mamá, ¡esto es horrible!»

Cuando la señora Grandville pasó á hablar de Pequeña Madre misma, y cuando describió su carita inmóvil, sus grandes ojos cerrados y con ojeras, sus rasgos de palidez y contracción por el sufrimiento, Edita prorrumpió en sollozos.

La señora Grandville se calló. Se había dejado llevar por su propia simpatía y había olvidado su temor de exponer á su hija á recibir impresiones tristes. Queriendo distraerla de su pena, le propuso ayudarla á preparar aquello en que pudiera ser útil á la pequeña enferma.

«¡Oh! ¡sí, mamá! ¿En qué podría yo darle placer?»

«Queremos primero buscar lo que puede hacerle bien, y si conseguimos restaurar un poco sus fuerzas, enseguida se podrá buscar lo que pueda darle placer. Por el momento esto sería inútil. Vé á pedir á Felicia un cesto y que me lo lleve al comedor.»

Edita se dió prisa á obedecer.

«Mamá, ¿vamos á ir hoy á llevarlo?»

«La única cosa que puede tomar en el estado en que se encuentra, es un poco de caldo y buen vino. Pide para mí á la cocinera un medio litro de caldo. Estaba hoy excelente. Para mañana nosotras le haremos un guisado.»

(Se continuará.)



Es — pí — ri — tu di — vi — no De Dios el Sal — va — dor,
A — cla — re mi ca — mi no Tu san — to res — plan — dor;

Ven, ven á re — ve — lar — me Tu sa — bia vo — lun — tad, Con

Cris — to ven á dar — me Per — don y san — ti dad.

2.

Sin Tí seré maldito,
A ciegas andaré;
Cargado de delito,
Al fin sucumbiré;
El bárbaro enemigo
Mi vida tomará,
Y nadie del castigo
Librarme logrará.

3

Espíritu divino,
Mi seno abierto está;
Dirige al peregrino
Que en busca tuya va,
Que corre temeroso
Del mundo y su maldad;
Clamando por reposo,
Amor y libertad.



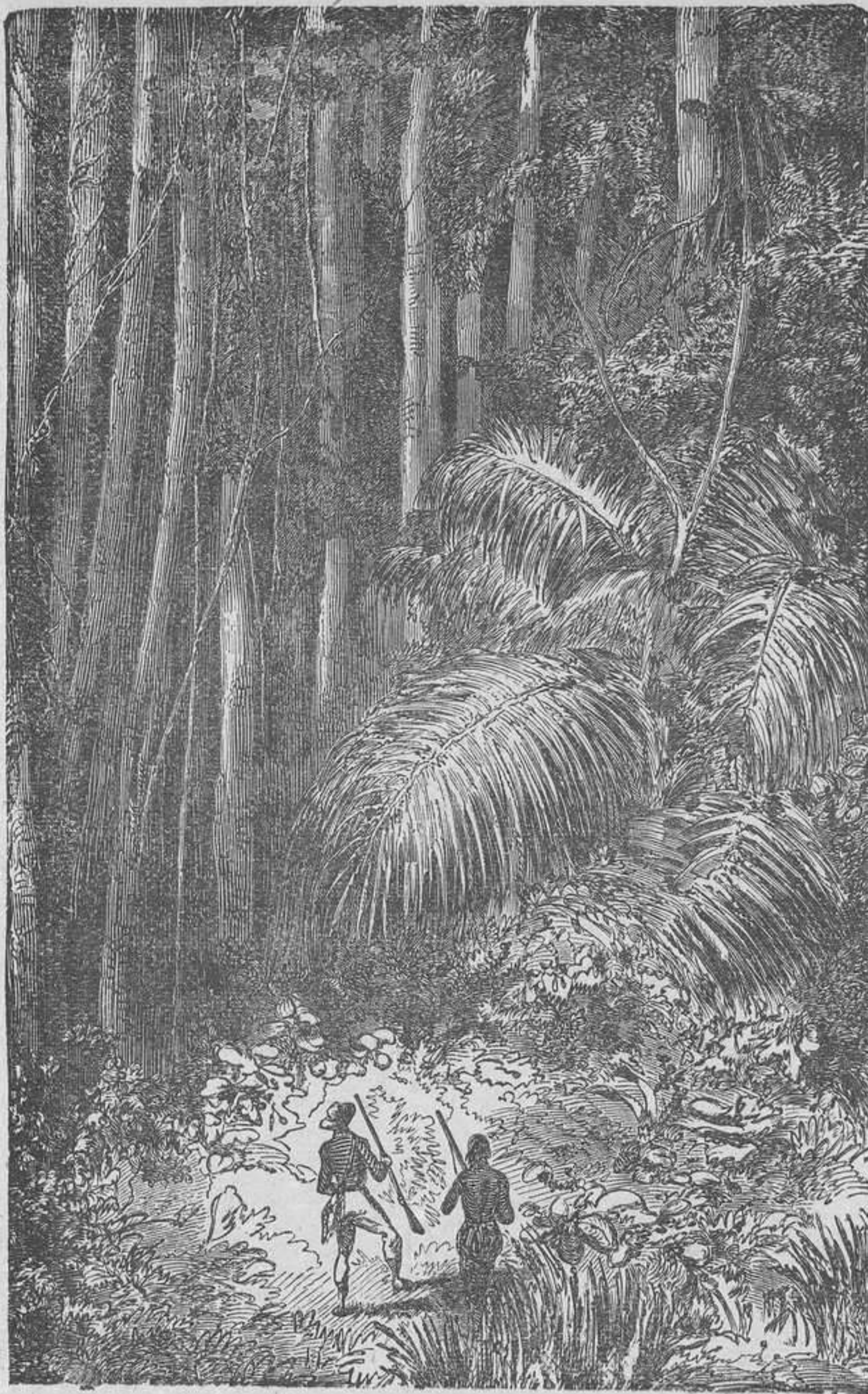
LOS BOTOCUDOS.

(CONCLUSION.)

Sus combates singulares son de un género particular: los dos antagonistas

se adelantan uno contra otro, armados de largos varejones: el ofendido toma la palabra, y en un enérgico discurso recapitula las faltas que cree tiene que echar en cara á su adversario; en seguida se arroja airado sobre él y le golpea con violencia con su dañosa arma. Debe el ofendido sufrir sin oponer resistencia la cruel fustigacion; pero luego

llega á ser agresor á su vez: cuenta sus agravios, contesta á las acusaciones que le han sido dirigidas, y arroja, furioso, golpes al primero, quien retenido por la misma obligacion no puede intentar especie ninguna de defensa. Luego la



lucha se hace más igual y los dos combatientes tiran y paran recíprocamente los golpes. Toman partido por sus maridos las mujeres, y no se acaba el combate, sino con la estrepitosa derrota de

uno de los dos antagonistas.

Los colonos han encontrado en los botocudos unos adversarios peligrosos é intrépidos. Así es, que cuando se origina una guerra entre aquellos naturales y los portugueses brasileños, es horrorosa la carnicería; y el botocudo, inferior por la insuficiencia de sus armas y su ignorancia en la ciencia militar,

halla bajo el fusil europeo una muerte inevitable y terrible. Armado de un trabuco cargado de gruesas balas, defendido por una vasta casaca rellena de borra, el *gibas de armas*, llevando en la cintura el *jacas*, la inhumana podadera, el sol-

dado arrostra con confianza á un enemigo que no tiene más que la flecha para herir; y le inmola sin piedad en horrible represalia, pues sabe que el indio no hace prisioneros.

Tal es, segun opinion unánime de los viajeros, el cuadro del actual estado de aquellas hordas interesantes de la América Meridional, que con los tupinambos y los guaycuxus forman los restos de la antigua nacionalidad brasileña.

Los misioneros romanos no podian ejercer influencia sobre ellos; y solamente en los tiempos modernos han llevado ministros del evangelio la buena nueva á aquella pobre gente, para la cual Cristo derramó su sangre no menos que para nosotros.

No olvidemos, segun el precepto de nuestro Salvador, orar para que toda la tierra se penetre de su conocimiento, como las aguas cubren la faz del mar.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Edita, alegre de estar ocupada para Florita, corrió á la cocina. Era necesario explicar á la cocinera para qué se le pedía caldo. Cuando hubo oido la relacion, un poco confusa que le hizo la pequeña niña, se puso con diligencia á servirla de lo mejor.

«Ahora,» dijo la señora Grandville, «vamos á poner en la cesta además alguna cosa para las dos enfermeras: café y azúcar. Puesto que velan, esto será

sin duda lo que mejor les convenga. Quisiera añadir una ligera colcha de abrigo para la enferma y se lo enviaremos enseguida. Felicia lo llevará sin duda de muy buena gana, y no está muy léjos.»

«¿No podria yo ir con ella?»

«No, hija mia, tú irás á ver á la pobre niña cuando esté convaleciente, pero ántes es inútil que lo pidas.»

Esta tarde el señor Grandville debia quedarse en casa despues de comer. Edita estaba muy alegre; porque su padre tenia tantas ocupaciones, que era una fiesta cada vez que él anunciaba que se quedaria con la familia. Y en este dia, esta perspectiva era tanto más deliciosa, cuanto que habia estudiado para él una pieza de piano y le tenia que contar tantas cosas que le hubiera parecido imposible esperar un dia más.

Despues de comer, el señor Grandville se sentó en su gran sillón, el que su pequeña hija llamaba sillón de la alegría, porque se sentaba en él cuando tenia una buena hora que dedicar á la vida de familia.

«Papá,» preguntó Edita, «¿tienes mucho tiempo esta tarde?»

«¿Para qué me preguntas esto, despues que te he dicho que no salgo?»

«Sí, pero no te vayas enseguida á tomar tu periódico ó tu libro grande. Yo pregunto, si tienes mucho tiempo para mí.»

«Te dedico todo mi tiempo, hasta que te vayas á acostar. Por hoy te cede el puesto el periódico. ¿Estás contenta?»

«¡Qué dicha! ¡Tengo tanto que decirte, papá!»

«¿De verdad? Creo que tenias preparada una pieza de piano para distraerme.»

«Sí, pero esto no es nada; esto se concluirá muy pronto. Tengo muchísimas cosas que contarte.»

«Y bien, estoy dispuesto á recibir ese alud. ¿Qué es, pues, esa multitud de cosas que tienes que decirme?»

«Tú verás.»

«¿Son alegres ó tristes?»

«Creo que son tristes,» respondió Edita, despues de un instante de reflexión.

«Tanto peor. Yo estimo más que mi niñita me diga cosas alegres.»

«Y sin embargo, puede ser que te hagan reir, papá,» replicó Edita, que pensaba en Cárlos y en su graciosa conversacion; «pero, no obstante, es mucho más triste que alegre. Tengo mucho que contarte y tambien mucho que preguntarte.»

«¿Cuestiones tan profundas, que dejen mi ciencia corta, como las que tú querias saber cuando eras pequeña, de si los ángeles se ponen gorros de dormir por la noche?»

«Oh, no, no, papá; ahora ya no soy tan tonta.»

«Bueno,» dijo la madre, «empieza por la música y luego podreis hablar á vuestro gusto.»

La pieza del piano era tan bonita que el padre quedó encantado.

«Quiero hacerte un regalito,» le dijo, «por el placer que me has dado. ¿Qué

quieres tener? No te salgas de los límites de una sabia moderacion, pues ya sabes que te he dicho un *regalito*.»

Edita reflexionó un momento y respondió:

«Pero papá, si yo no deseo nada.»

«¿De verdad? Piénsalo mejor aún.»

De repente gritó, levantando la cabeza y dejando ver la brillantez de sus ojos.

«Papá, lo que quiero yo es dinero.»

«¡Dinero!» repitió con algun asombro el padre. «¿Qué es lo que una niña como tú puede hacer con dinero?»

«Regalos.»

«Verdad es; esta es una buena respuesta; pero dinero ya tienes; el otro dia se te han dado diez francos.»

«Mira, papá, casualmente esta es justamente la historia que tengo que contarte. Colócate bien en tu butaca y escúchame.»

«¿De manera que tienes deseo de que yo me duerma?»

«No; de ninguna manera, pero quiero que estés bien, para que no te impacientes, porque mi historia es muy larga.»

Habian traído la lámpara, y la señora Grandville habia cogido su labor. Edita se sentó sobre las rodillas de su padre y empezó.

Le contó detalladamente lo que nosotros ya sabemos: su primer encuentro con Florita y su resultado.

(Se continuará.)





CAIN Y ABEL.

Vosotros conocéis, amigos míos, la historia de los dos primeros hijos que tuvo Eva. El primero de ellos, Cain, era labrador, y el segundo, Abel, pastor de ovejas; ambos ofrecían á Dios sus sacrificios; pero como la fe es lo que hace aceptables nuestras obras ante Dios, y

Cain no la tenía, Dios no miraba con agrado sus sacrificios. Empero Abel amaba verdaderamente á Dios, trayendo los primogénitos de sus ovejas y de su gordura, y ofrecía lo mejor que tenía al Eterno, y este le miraba con agrado. Enfadado Cain por esta predilección que Dios mostraba hácia su hermano, se enañó contra él y lo mató; esta fue la pri-

mera sangre humana que se vertió sobre la tierra; que recibió «la sangre de Abel de las manos de su hermano.»

Muchas enseñanzas podemos aprender de este pasaje; esta es la primera vez que se nos habla en la Biblia de los sacrificios, aunque es lo más probable que no fueran estos los primeros, sino que los primeros fueran hechos por Adán y Eva, á quienes Dios les diera tal instrucción. Ellos son emblemas del gran sacrificio del Cordero de Dios con cuya sangre se habian de cubrir los pecados del mundo.

Vemos en la lámina el espanto y horror de Adán y Eva al conocer por primera vez la muerte material, al ver un cadáver, cosa que hasta entonces les era de todo punto desconocido, y este su propio hijo. Muy horrendo es el crimen de Cain, el fratricida, pero aunque nos entristezca la figura de Abel, recordemos que es el primer hombre que ve á Dios, el primero, que habiendo sido justificado por la fe en el Redentor venidero, por la misma fue salvado.

Después del crimen, fue Cain interrogado por Dios, dónde estaba su hermano; á lo que contestó insolentemente: «No sé, ¿soy yo guarda de mi hermano?» Pero Dios no se deja engañar por nadie, porque conoce aun la más pequeña de nuestras acciones. Sin embargo, el mayor pecado de Cain no consistía en esto, sino en que después añadió la desconfianza de obtener el perdón, diciendo: «Grande es mi iniquidad para ser perdonada;» sin pensar en que por grande que

sea el pecado de un hombre, si se arrepiente, la misericordia de Dios es infinita como el cielo sobre la tierra; por que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva.

EL PADRE NUESTRO

COMO PASAPORTE.

En el cuarto decenio de nuestro siglo gobernaba la República Argentina de la América del Sur, como dictador absoluto, el presidente Rosas. Desde el estado de zagal medio salvaje habia subido á la dignidad de presidente; era astuto y cruel, y mientras tuvo las riendas del gobierno, condenó al suplicio á más de seiscientos hombres. Sin embargo, por prudencia política atraía á los emigrados europeos y protegía el comercio y la industria; pero á ningun extranjero le permitía ejercer empleos públicos ó actuar en el ejército, porque temía su preponderancia sobre los naturales.

En aquellos tiempos un jóven vino desde el interior al cónsul alemán R. de Brema, pidiéndole un certificado de que era hijo de padres alemanes; si el cónsul no se lo proporcionaba, tendria que ingresar en el servicio de las armas, y eso no debia tomarse á juego bajo el poder de Rosas. El jóven hablaba el castellano desembarazadamente, y el diálogo se verificó en este idioma.

«Muy bien, amigo, ¿dónde está su fe de bautismo?»

«No la tengo.»

«Pero, ¿tiene V. algun otro certificado?»

«No, señor.»

«En este caso llame V. á sus padres.»

«Ya hace mucho tiempo que han muerto.»

«¡Pues cuando ménos hable V. aleman, aunque sean pocas palabras.»

El hombre se calló.

«El caso es difícil. ¿Cómo podré dar á V. un certificado de que es aleman, si V. no me lo prueba?»

«De seguro, señor, tan cierto es que soy aleman como que Dios existe; mis padres han sido alemanes, no miento.»

El cónsul iba y volvía en su cuarto; el jóven tenia un aspecto honesto, hablaba abierta y francamente, y sin embargo... De repente ocurrió una idea al cónsul. Se puso delante del jóven, y le dijo:

«Buen amigo, ¿no recuerda V. algo de su juventud? ¿No sabe V. alguna oracion, que le enseñara su madre?»

Los ojos del jóven brillaron de repente.

«Sí, señor,» exclamó. Cual niño pequeño cruzó las manos y dijo el Padre nuestro en aleman sin detenerse desde el principio hasta el fin, y concluyendo, brotaron lágrimas de sus ojos, lágrimas que arrancaba el recuerdo de su madre, sobre cuyas rodillas habia aprendido esta oracion.

Tambien el cónsul quedó profundamente conmovido. En el intervalo de veinte años el jóven habia perdido todo

lo que pudiera probar su origen aleman, solamente la primera oracion habia quedado grabada para siempre en su memoria y en su corazon.

«Buen compatriota,» dijo despues el cónsul, «ahora puedo dar á V. el certificado que desea, porque el Padre nuestro sólo puede V. haberlo aprendido de una madre alemana.»

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Cuando llegaba ya á la segunda parte de su historia, es decir, á lo que aquel mismo dia habia sucedido, la señora Grandville la ayudó una ó dos veces para completar su relato. El padre escuchaba con un interes que no dejaba nada que desear. Se rió mucho de las palabras cómicas de Carlitos, y le causó mucha tristeza la pobre enfermita; él aprobó el envío que se le habia hecho y prometió que él mismo le daría dos botellas de un vino muy viejo que le haría mucho bien, abrigando la esperanza de verla pronto restablecida.

«¿Y adivinas ahora, papá,» preguntó Edita al concluir, «qué es lo que deseo?»

«No tengo necesidad de adivinarlo, puesto que tú me lo has dicho. Te doy veinte francos.»

«¿Es esto bastante para comprar una cama con un jergon de crin, un colchon y una almohada?» preguntó la niña.

«Ciertamente que no, pero tienes demasiada ambicion, hija mia.»

«Piensa, papá, que Florita está echada sobre un mal jergon de paja. Le hace falta una cama. Si me quieres dar lo que me falta para comprarla, me quedaré el día de mis cumpleaños sin regalo.»

«Demasiado sabes tú, hija mia, que yo sería el primer castigado; soy tan desgraciado al no verte contenta!»

«Pero yo *estaré* contenta, pues me acordaré de que me has hecho un hermoso regalo.»

El señor Grandville consultó con una mirada á su señora; la cual le respondió:

«Este sería, verdaderamente, dinero bien empleado.»

«Vamos,» dijo él, «quería darte veinte y tú me sacas ciento; estoy saqueado lo mismo que en medio de un bosque. ¿Cuántos besos me vas á dar por esto?»

«Ciento, papá; cien besos; y te los voy á pagar todos ahora mismo.»

«No, eso sería demasiado, pues nos cansaríamos los dos. Dame ahora una parte.»

Entónces ella le dió lo menos cincuenta, ántes que él le hubiese podido dar las gracias. Despues Edita se marchó á acostarse satisfecha de su día, y más feliz todavía pensando en el día siguiente.

Al lado del platito de su desayuno, encontró cinco hermosas piezas de oro. Su padre había salido ya.

«Esto es mucho para una niña como

tú,» dijo la señora Grandville, «y no esperes que siempre se te ha de dar lo que pides; pero esta vez estoy contenta de que la generosidad de tu padre te permite hacer una obra buena por nuestra pobre enfermita.»

Edita salió llena de gozo con su mamá. Echaba mano de cuando en cuando á su faltriquera para cerciorarse de que el bien cerrado portamonedas estaba seguro. La señora Grandville le permitió el gusto de pagar ella misma la ropa. Cuando todo estuvo elegido y despachado, quedaba aún una pequeña cantidad que se empleó en comprar tela para un par de sábanas, y esta fue enviada en un paquete á casa de la señora Grandville.

Edita estaba loca de gozo, al pensar que no solamente había podido comprar una buena cama á la enfermita sino que aún trabajaría para ella. Cuando la tela llegó, Felicia tuvo que ayudarle á cortar las sábanas. Nunca se había empezado ni aun un bordado de oro y seda con tanto alborozo.

Es necesario hacer esta justicia á Edita, que si bien las costuras y los dobladillos eran un poco largos, y por lo tanto le parecían interminables, no por eso decayó su celo, y no permitió que otra mano más que la suya diese allí una sola puntada. *(Se continuará.)*

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50. Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.